

LA VENTANA ... AL FUTURO

MARTA LAMAS

Antropóloga y feminista, directora de *Debate feminista* y Grupo de Información en Reproducción Elegida (GIRE), miembro del Consejo Editorial de la *Revista de estudios de género. La ventana*.
Guadalajara, Jalisco, diciembre, 1997

Antes de entrar en materia quiero señalar que no deja de ser alentador que este ejemplar de *La Ventana*, que se podría titular «Variaciones en torno al cuerpo», se publique justamente en Guadalajara, escenario de las más absurdas reacciones fundamentalistas en materia de regulación y disciplinamiento del cuerpo. Ello testimonia cómo el trabajo intelectual riguroso abre caminos, aún en ambientes opresivos o reaccionarios.

Ahora bien, regresando a lo que nos convoca: ¿qué es lo que hoy sitúa al cuerpo en el centro del debate político cultural? ¿Por qué precisamente en el momento del despegue de la era virtual, cuando la incorporeidad implícita de las computadoras invade nuestras vidas, la corporeidad humana cobra tanta relevancia? William Ewing¹ sostiene que esto se debe a su perentoriedad; o sea, a su calidad de definitivo, sin posibilidad de modificación. De ahí la condición fundante de la diferencia sexual: aunque el cuerpo está siendo reestructurado genéticamente, reconstituido con órganos ajenos y partes artificiales, construido en probetas y a punto de ser clonado, sigue siendo un cuerpo sexuado. El inconcebible desarrollo científico, que ha conducido a una revisión

¹ Ewing, William A. *El cuerpo*. Siruela, Madrid, 1996.

radical de conceptos, definiciones y, sobre todo, valores, ha tumbado creencias arraigadas durante largo tiempo. La antigua división entre mente y cuerpo, se ha derrumbado y hoy nos concebimos como cuerpos pensantes. Sin embargo, apenas se empieza a comprender la problemática de los cuerpos imaginarios, de la cual los transexuales son el mejor ejemplo. La formulación psíquica sobre el cuerpo es, hoy en día, el interrogante más agudo ante la arcaica división que polariza a los seres humanos en masculino/femenino y que sostiene el marco cultural de la división del poder.

El conjunto de trabajos que componen este espléndido número 6 abordan la regulación social del cuerpo, la clasificación cultural de las personas, los caminos del psiquismo y los nuevos significados sexuales. Inicia con el ensayo de Gilbert Herdt, un clásico de la academia anglosajona que introdujo una dimensión nueva a los actuales debates sobre sexo y sexualidad a partir de su propuesta taxonómica. Respondiendo a aquella queja de Simmel sobre que existen demasiadas categorías y muy pocos sexos para explicar la inmensa variedad de la experiencia humana, Herdt explora y documenta un amplio rango de materiales de la antropología y la historia que muestran la existencia de otras tipologías en relación a los seres humanos. Es un acierto de *La ventana* la traducción de textos claves como el de Herdt que, además de sus méritos académicos, es ameno.

Pero sin negar la importancia del trabajo de Herdt, es el ensayo de Antonieta Torres sobre lo real del sexo el que pone el dedo en la llaga:

«En el psiquismo no existe nada por lo que el sujeto pueda situarse como ser macho o ser hembra» (p. 126). Ante tal contundencia, Torres Arias sostiene:

«El sujeto tiene que elegir ser de un sexo o de otro» (p. 128).

Con resonancia netamente beauvoiriana Torres Arias insiste:

«El problema radica en que no se nace hombre o mujer. Se lo deviene por identificación, lo que tiene que ver más con la articulación de la palabra (por cómo se es nombrado) que con la anatomía».

Además de su importancia por lo que sostiene, este ensayo es relevante porque intenta, desde el psicoanálisis, establecer un puente de comunicación con las ciencias sociales. Torres Arias realiza un notable esfuerzo por allanar y traducir el pensamiento lacaniano, pero es evidente que de nuestra parte se necesita un poco más de formación para comprender a cabalidad ese oscuro ámbito que es el campo del inconsciente. Con todo y los escollos teóricos que la lectura enfrenta, el texto de Torres Arias logra comunicar algo fundamental: no basta la distinción sexo/género para comprender al sujeto; hay que entender los procesos psíquicos que construyen cuerpos imaginarios.

Por su parte Luis Rodolfo Morán Quiroz nos ofrece un panorama sobre «El cuerpo como objeto de exploración sociológica», en el que muestra cómo el estudio del cuerpo se ha desarrollado en las ciencias sociales y las humanidades. A pesar de la diversidad de abordajes que él recuenta, el hilo conductor es la relación entre la cultura y el cuerpo. Morán Quiroz plantea que los científicos sociales han visto al cuerpo como «portador de simbolismos sociales», por eso él subraya el asunto de la representación y de las significaciones. Al hacer explícitas las narrativas de lo corporal, Morán Quiroz nos convoca a reflexionar sobre la acción social como tarea de la sociología.

El apartado de *Avances de trabajo* consta de cuatro colaboraciones: la de María Gutiérrez Zúñiga, con una reflexión psicoanalítica; la de Virginia Enciso Huerta, con el tema de la enfermería; la de Guadalupe

Meza Lavaniegos, sobre sexualidad y medicalización del aborto; y un trabajo colectivo de David Halperin, Patricia de León Ruiz e Imelda Martínez Hernández sobre sexualidad femenina y ETS en Chiapas. Estos trabajos, muy distintos, nos indican también el estado de la investigación en nuestro país. Además de los adelantos, que se agradecen, me preocupa también los atrasos, en especial, el uso confuso que se sigue dando a género: se habla de los sexos como los géneros y se utiliza género como mujeres. Una exhortación a *La ventana*: editorialmente se les debería marcar a algunas autoras esta falla, sobre todo por la confusión que se está creando en torno al concepto *género*.

No debemos olvidar que muchas de las lecturas que nos nutren vienen del mundo anglosajón y que *gender*, en inglés, es un término estrictamente referido a la diferencia sexual, al ser macho o hembra de la especie. La traducción correcta de *gender* debería ser sexo, pero la moda ha hecho que se traduzca como género. Así, la distinción sexo/género queda borrada en la utilización vigente de *género*. Esa confusión recorre la academia mexicana y habría que hacer un esfuerzo por mantener la distinción conceptual. Los trabajos de la sección *En la mira* hacen justicia a eso de *last but not least*: al último, pero no por ello menos importante. Desde la reseña sobre Margarita de Natalia Guillén a la crónica sobre Jesusa de Matiana González Silva pasando por las notas de Silvia Novelo y de la propia Cristina Palomar sobre el caso japonés, a la mirada de Lucy Virgen sobre el cine erótico femenino, todas las colaboraciones son interesantes. En especial me alucinó el artículo sobre el Interporno de Bertha Marina Trujillo Carrasco y Rebeca García Acuña, escrito con agudeza y sentido de humor.

Como ven, este número de *La ventana* cumple ampliamente su cometido al cuestionar las ideas tradicionales sobre el cuerpo. Creo que su

mayor aportación radica en que los dos ensayos psicoanalíticos apuntan a una de las debilidades más significativas de la teoría feminista: el que la distinción entre sexo y género no toma en consideración la idea psíquica que las personas se forman, se imaginan, de sus cuerpos. Precisamente esa carencia impide que la mayor parte de las teorizaciones y reflexiones sobre el cuerpo incorporen los usos metafóricos y metonímicos que las personas otorgan a sus cuerpos. Me congratulo que Cristina Palomar haya llevado su formación como psicoanalista a su trabajo en el Centro de Estudios de Género y que esto se refleje en el contenido de la revista. Pocas instituciones cuentan con el privilegio de tener psicoanalistas interesados en lo social y que abran espacios de reflexión sobre lo psíquico y su vinculación con lo social.

Tal vez una de las consecuencias más fecundas de la lectura de *La ventana* es que me deja con una serie de dudas que deseo perseguir: la correlación de los momentos centrales de la sociología que marca Morán Quiroz con los del desarrollo del psicoanálisis; la posibilidad de una construcción deliberada de otras imágenes de la feminidad y masculinidad entre las jovencitas chiapanecas, que sugieren Halperin, de León Ruiz y Martínez Hernández y, a partir del ensayo de Meza Lavaniegos, la reconstrucción histórica del proceso de legislación sobre el aborto en México.

Uno de los desafíos del pensamiento feminista es reconocer, más allá de los discursos culturales, el papel estructurante de la diferencia sexual. La descripción del género tiene un límite en la investigación de la constitución del sujeto. Al poner la atención casi exclusivamente en el disciplinamiento y la regulación social de los cuerpos, se olvida el peso brutal del imaginario. Tal vez lo que requerimos, y a ello se aboca esta Ventana, es una interrogación sobre la diferencia sexual que no sola-

mente localice y describa los mecanismos de discriminación, sino que ofrezca un conocimiento «piso» sobre el cuál establecer nuevos arreglos sociales. La construcción de las jerarquías de género y el desarrollo de una política del cuerpo son rebasadas por el gran misterio de cómo, a pesar de sus cambios y transformaciones, de sus mutilaciones y reestructuraciones, de su actual virtualidad cibernética, el cuerpo sigue siendo humano: sigue simbolizando, sintiendo, sufriendo. ¿Cómo abordar su estudio, cómo construir otro tipo de discurso, que libere las prácticas estigmatizadas, que escape a la normativización?

Estas y otras preguntas me surgen de la lectura de esta ventana, que ha sido capaz de mostrar cómo símbolos y signos cargan de sentido a un cuerpo que es, a final de cuentas, un lugar más de la escenificación del género. Acabar con las polarizaciones, escapar de códigos reductivos, buscar nuevas identidades y cargar de nuevos sentidos los esqueletos que andamos arrastrando probablemente conducirá a una reformulación de nuestros sueños y deseos. En el encuentro con la diversidad descubriremos, tal vez, una posibilidad de vivir nuestros cuerpos menos represiva y enajenadamente, más libre y placenteramente.